

Capítulo 5. Relatos que importan: Hacia una perspectiva narrativa en los estudios psicosociales



ANTAR MARTÍNEZ GUZMÁN¹

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.412.05>

Resumen

Este capítulo propone una aproximación introductoria y reflexiva sobre la perspectiva narrativa, destacando sus aportaciones para la investigación cualitativa, particularmente en el campo de los estudios psicosociales y áreas afines de indagación. Se revisará el giro narrativo en las ciencias sociales y sus vínculos con la hermenéutica, el construccionismo social y la psicología cultural, subrayando la importancia de entender el relato no solo como un medio de expresión, sino como una práctica social situada.

Palabras clave: *perspectiva narrativa, investigación cualitativa, psicosocial.*

Introducción

La perspectiva narrativa se ha consolidado como un enfoque central dentro de la investigación cualitativa en las ciencias sociales y humanas, y ha adquirido particular relevancia en el ámbito de los estudios psicosociales. Desde su emergencia y consolidación en las últimas décadas del siglo xx,

¹ Doctor en Psicología Social. Profesor, investigador titular en la Facultad de Psicología, de la Universidad de Colima. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-4074-2327> ; correo electrónico: antar_martinez@ucol.mx

este campo ha experimentado un profuso desarrollo que le ha dado un lugar relevante en el ámbito de los recursos metodológicos, pero también de los lenguajes y sensibilidades culturalmente recurridas para entender la experiencia psicológica y social.

La perspectiva narrativa implica una forma particular de aproximarse a la realidad psicosocial, una aproximación en la que —como argumentaremos en este texto— la interconexión entre lenguaje, relatos y experiencias vividas ocupa un lugar central en la producción de conocimiento. A diferencia de enfoques más objetivistas, la perspectiva narrativa se interesa por explorar cómo los sujetos construyen sentidos sobre sí mismos y sobre el mundo que habitan, revelando —a la vez que construyendo y transformado— los entramados sociales que habitan y en los que se inscriben sus relatos.

No obstante la amplitud del enfoque narrativo y la versatilidad de sus miradas, con frecuencia se diluyen sus especificidades conceptuales y metodológicas. Si bien esta flexibilidad y heterogeneidad constituyen una de sus riquezas, pueden también dificultar la delimitación de sus aportes distintivos dentro del campo de la investigación cualitativa, generando ambigüedad sobre qué caracteriza, en contraste con otros enfoques, una aproximación narrativa. En este capítulo proponemos una introducción reflexiva a la perspectiva narrativa que permita identificar mínimamente sus singularidades teóricas y metodológicas, sus conexiones y también sus diferencias con otras tradiciones de investigación cualitativa, así como un particular modo de entender esta aproximación en el contexto de la investigación psicosocial y áreas afines de indagación.

En primer lugar, situamos de manera general el surgimiento de la perspectiva narrativa en la investigación social y psicosocial, algunas de sus condiciones socioculturales de emergencia y los campos de pensamiento de los que se nutre. Posteriormente, proponemos algunas claves para esbozar una aproximación de investigación narrativa atendiendo especialmente a sus dimensiones epistemológicas, ontológicas y metodológicas. Más que ofrecer un conjunto de principios cerrados y procedimientos definidos, buscamos delinear marcos de referencia teóricos y metodológicos para plantear una perspectiva especialmente interesada en el campo psicosocial.

A continuación, presentamos un par de casos ilustrativos sobre la manera en que esta perspectiva puede aproximarse al estudio de las identidades,

un eje temático importante en la investigación narrativa. Aunque por razones de espacio no se desarrolla un proceso metodológico a detalle, los ejemplos buscan ilustrar la sensibilidad particular de la mirada narrativa y el tipo de interrogantes que pueden plantear a una problemática psicosocial como lo son los procesos identitarios. Para ello, retomamos algunos casos de nuestras propias líneas de investigación en torno a las identidades de género. Finalmente, en el apartado de conclusiones, señalamos algunas de los desafíos que se presentan para la perspectiva narrativa de la investigación psicosocial en el contexto contemporáneo, tanto en el ámbito de las discusiones teórico-metodológicas como con respecto a los actuales escenarios sociales y culturales.

Giro narrativo e investigación psicosocial

Son diversos los factores históricos que propician la emergencia, expansión y actual ebullición de los abordajes narrativos en las ciencias sociales. Si bien aquí no haremos un recorrido exhaustivo de su complejo desarrollo, ofrecemos algunas coordenadas que permitan vislumbrar un panorama general del surgimiento de perspectiva, particularmente sobre su vertiente psicosocial de orientación socio-construccionista.

Sus antecesores más directos pueden ser rastreados hacia las primeras décadas del siglo xx, particularmente en los trabajos de la Escuela de Chicago en sociología y en ciertas corrientes de la antropología. En ambos campos se comenzó a utilizar la historia de vida como herramienta empírica para comprender las experiencias de individuos en contextos sociales específicos. Sin embargo, estos enfoques iniciales adoptaban aún una perspectiva marcadamente realista, centrada exclusivamente en el contenido del relato, sin atender a su forma, contexto o función comunicativa.

Kristin Langellier (1989) identificó a un punto de inflexión en los años 60, donde comienza a consolidarse un “giro narrativo” que se distancia del realismo positivista. Este cambio fue moldeado por múltiples fuerzas: la crítica epistemológica a los métodos tradicionales en ciencias sociales, el auge de las memorias y relatos personales en la cultura popular, la emergencia de movimientos sociales emancipatorios en torno a identidades y

subjetividades disidentes (como el feminismo y la diversidad sexogenérica), y el crecimiento de una cultura terapéutica centrada en la exploración de la experiencia subjetiva (Arfuch, 2002; Riessman, 2008).

Las fuentes y tradiciones teórico-metodológicas de las que se nutre la investigación narrativa son también diversas y en buena medida prefigur en la heterogeneidad propia de la perspectiva. En primera instancia, su emergencia forma parte de un giro interpretativo más amplio en las ciencias humanas y sociales durante la segunda mitad del siglo xx. En este marco ocurre una profunda revisión crítica de los supuestos dominantes del positivismo y del estructuralismo, de su pretendida objetividad universal, medición y explicación causal determinista. Se desarrollan, en contraste, enfoques y miradas que ponen de relieve los procesos interpretativos presentes en toda forma de conocimiento y la agencia humana entrelazada en la generación de sentido sobre la realidad (Clandinin, 2022).

En este marco, la perspectiva narrativa encuentra raíces en las discusiones de campos diversos como la historia, la filosofía del lenguaje, los estudios literarios y la fenomenología. La tradición hermenéutica —entendida como la teoría y la práctica de interpretación de textos, pero también de acciones, experiencias y discursos sociales— es uno de sus pilares teóricos fundamentales. En ella se fundamenta la idea de que los sujetos habitan siempre tramas de significados que les preceden, donde la interpretación es un proceso circular: un “círculo hermenéutico” donde, para entender una parte de algo (una frase, un acto, un relato), necesitamos tener una idea del todo al que pertenece (el contexto, la historia completa, el marco cultural); a su vez, solo podemos entender ese todo a partir de cómo interpretamos sus partes. Este movimiento continuo entre el todo y las partes está en la base de la construcción de sentido, y muestra que la comprensión nunca es completamente objetiva ni definitiva, sino situada, progresiva y siempre abierta a revisión. La propuesta narrativa hereda, así, la conciencia hermenéutica de que los relatos no son meros reflejos de realidades independientes, sino reconstrucciones interpretativas que dialogan con las matrices culturales e históricas de las que emergen (Freeman, 2015).

La obra de Paul Ricoeur (1995) es central en esta línea puesto que ofrece un marco analítico (a través de nociones como *triple mimesis*) para comprender cómo los sujetos organizan temporalmente su experiencia y para

conectar experiencia, lenguaje y acción social. Su concepto de *identidad narrativa* (Ricoeur, 1996) será también central para el campo, puesto que permite pensar al sujeto no como una entidad fija, sino como una construcción continua en el tiempo, tejida por las historias que cuenta sobre sí y sobre el mundo.

En el campo de la psicología, la perspectiva narrativa muestra afinidades importantes con la llamada “psicología cultural” que insiste en que la mente humana está insertada en prácticas sociales mediadas por signos (lenguaje, símbolos, cultura), y que el sujeto se constituye en el cruce entre lo psicológico y lo cultural. Aunque la noción de narrativa no es central ni extensa en este campo, su énfasis en el carácter histórico, mediado e intersubjetivo de la conciencia facilitó posteriores lecturas narrativas de procesos psicosociales.

El trabajo de Jerome Bruner (2006, 2013) suele asociarse con esta línea, y resulta central puesto que argumenta que la cognición está radicalmente mediada por herramientas culturales, siendo la narrativa una de las más fundamentales. Cuestionando la psicología cognitiva tradicional, argumenta que la mente humana se organiza en gran medida en torno a historias, y que comprender al ser humano exige entender cómo construye significados culturalmente situados a través del relato. Así, la narrativa no solamente se ha comprendido como un género literario o una forma discursiva, sino también como una propiedad de la mente humana: los eventos en sí mismos no son relatos, pero la experiencia de dichos eventos se convierte en relato (Hiles y Cermák, 2008; Bruner, 2006, 1986; Polkinghorne, 1988). Estas comprensiones en el ámbito de la psicología asumieron fronteras fluidas entre las humanidades, las artes y las ciencias sociales.

Por otra parte, la perspectiva narrativa de orientación psicosocial que nos interesa particularmente tiene una herencia importante del llamado “giro lingüístico” y puntos de entronque con el campo de los estudios del discurso. De esta tradición recoge la crítica a la concepción representacionista del lenguaje: esto es, a la idea de que el lenguaje simplemente representa o refleja con nitidez una realidad independiente. Este giro argumenta que el lenguaje no es un vehículo meramente descriptivo y comunicativo, sino decisivamente activo en la configuración de las realidades sociales que habitamos, incluyendo, por ejemplo, las identidades que construimos y las

relaciones de poder en que nos movemos (Ibáñez, 2012; Fabris, 2001). Este enfoque narrativo recupera entonces el carácter realizativo o performativo del lenguaje, su capacidad no solo de representar el mundo, sino de producir efectos en él, configurar subjetividades y definir posicionamientos sociales; de esta perspectiva surgen aproximaciones narrativas de tipo socio-construccionista (Gergen y Gergen, 2014; Cabruja, Íñiguez Rueda y Vázquez, 2000).

En suma, el llamado “giro narrativo” dio lugar a un campo amplio y heterogéneo de discusiones que comparten un interés común: explorar cómo los sujetos configuran su experiencia y ordenan su realidad mediante relatos, redefiniendo así el acto de contar y comprender historias como prácticas constitutivas de la vida social (Brockmeier & Meretoja, 2014). Esta sensibilidad crítica frente a las pretensiones de neutralidad epistemológica permitió que la narrativa fuera concebida no solo como objeto de estudio, sino también como una forma de conocimiento en sí misma, capaz de dar cuenta de la complejidad, historicidad y dimensión situada de la experiencia humana.

Boceto de una perspectiva narrativa en psicología social

Como hemos sugerido anteriormente, el ámbito de la investigación narrativa es vasto y heterogéneo, tiene un carácter transdisciplinar e incluye diferentes legados teóricos y enfoques metodológicos (Andrews, Squire y Tamboukou, 2013; McQuillan, 2000). Como sugiere Riessman (2008), los abordajes narrativos componen una extensa familia de métodos y, como todas las familias, alberga diferencias y desacuerdos en su interior. Por tanto, todo intento de caracterización metodológica será, sin duda, parcial y albergará una aproximación particular.

Para empezar, conviene advertir que la propia noción de narrativa se utiliza de muchas maneras y tiene múltiples acepciones en distintos ámbitos. Puede referirse, por ejemplo, a una experiencia fenomenológica de generación de sentido, a una sensibilidad teórica que implica determinadas premisas sobre la realidad y el lenguaje, a un tipo de material empírico, a un conjunto de procedimientos analíticos, a una forma de dar cuenta de una

investigación o a una combinación de estos aspectos (Riessman, 2008). El panorama se complejiza si consideramos que la investigación narrativa puede abordar textos orales, escritos o audiovisuales; que es posible trabajar no solo con narrativas individuales en primera persona, sino también con narrativas entendidas en términos de discursos sociales (por ejemplo: notas de prensa, cuentos infantiles, tradición oral, discursos institucionales) (Herman y Vervaeck, 2001). Más aún, tanto en el ámbito académico como en los culturales y mediáticos, lo narrativo se ha vuelto una noción común, con usos cotidianos muchas veces ambiguos y poco delimitados.

En un campo atravesado por posiciones teóricas diversas, definiciones múltiples, contrastes metodológicos e intereses disciplinares a veces en tensión, ¿cómo delimitar la especificidad de un enfoque narrativo en los estudios psicosociales? Aunque reconocemos que esta diversidad constituye una de las principales riquezas de la perspectiva narrativa, nos parece útil proponer algunos elementos que permitan identificar su sensibilidad en el ámbito psicosocial y distinguirla de otras aproximaciones cualitativas en el campo. Para ello, proponemos una caracterización de sus dimensiones, ontológica, epistemológica y propiamente metodológica, así como una definición particular de narrativa que puede orientar las investigaciones en este terreno. Esta caracterización es, por supuesto, orientativa y heurística, sin pretensión de cerrar la compleja y dinámica variedad de prácticas teórico-metodológicas que caben bajo este enfoque.

En primer lugar, la perspectiva narrativa propone una particular comprensión *ontológica* según la cual la realidad social está atravesada y constituida por diferentes narrativas que operan como matrices simbólicas que organizan, dan forma, hacen inteligible y dotan de sentido las prácticas, órdenes e instituciones sociales. Dichas narrativas son producidas a partir de la movilización de distintos recursos simbólicos disponibles en un escenario socio-histórico particular. Es a través de la elaboración de estas narrativas como los sujetos proveen de coherencia a su experiencia, construyen una imagen de sí mismos y del mundo, y participan de la acción conjunta y la negociación de significados dentro de su cultura.

Así, lo social está en buena medida configurado narrativamente: habitamos un mundo constituido por historias que dan forma a nuestras identidades, relaciones e instituciones. Las narrativas no son solo descripciones

del mundo social, sino que lo producen y lo mantienen en el tiempo, al organizar eventos, dar sentido a la acción y establecer marcos de interpretación compartidos. Como señala Somers (1994), “los actores sociales no pueden ser definidos sin las historias que los sitúan”, lo que implica entender la realidad social como un entramado narrativo en constante construcción.

En el plano *epistemológico*, la perspectiva narrativa se suma a diversos planteamientos que cuestionan la hegemonía positivista en las ciencias sociales, problematizando la distinción tajante entre sujeto y objeto, la noción representacional del lenguaje, y poniendo a la subjetividad en un papel relevante en la construcción de conocimiento. Los abordajes narrativos han defendido la importancia de entender el conocimiento como un proceso dialógico y situado de interpretación y comprensión de las redes de significación que organizan la vida social. Más que buscar las leyes generales del comportamiento individual o colectivo, los abordajes narrativos buscan ofrecer interpretaciones plausibles y complejas de un fenómeno o campo de experiencias.

De esta manera, los sujetos son considerados como agentes activos y (auto-) interpretativos que elaboran narrativas y que participan activamente —en el marco de las posibilidades y restricciones que ofrece el mundo social en que están insertos— en los procesos de producción y transformación del orden social. Este es un aspecto importante que diferencia a la perspectiva narrativa de otros abordajes discursivos donde el sujeto se desdibuja y se disuelve en una miríada de prácticas discursivas o donde emerge solo como resultado de efectos del discurso.

Al mismo tiempo —y en consonancia con su vinculación a la perspectiva discursiva mencionada en el apartado anterior—, se comprende al lenguaje en su carácter histórico, intersubjetivo, dinámico y heterogéneo, así como su centralidad en los procesos de construcción del conocimiento, regulación de las relaciones sociales y configuración de la subjetividad (Foucault, 1989; Shotter, 1993; Taylor, 1996). Desde esta perspectiva, el lenguaje no es comprendido como un medio transparente de comunicación que simplemente refleja y expresa de manera más o menos fiel unas experiencias que le anteceden o una realidad independiente, sino que tiene un carácter activo y constructivo (Íñiguez-Rueda, 2003). Las narraciones, por tanto, no son manifestaciones transparentes o imparciales de una realidad subyacen-

te, sino construcciones estratégicas que producen sentido, que movilizan determinadas comprensiones sobre los fenómenos y que tienen efectos sociales ahí donde son elaboradas y desplegadas.

Así, los abordajes narrativos permiten, por un lado, reconocer el trabajo constructivo y agenciado de sujetos (individuales o colectivos) que, aun en un marco restringido por determinados recursos culturales y cánones discursivos, realizan un trabajo específico de articulación y entramado; otorgan así un papel importante a la agencia y a la subjetividad. Por otro lado, reconocen también la cualidad constructiva del lenguaje y sus funciones sociales.

En el plano *metodológico*, la investigación narrativa se caracteriza por una notable diversidad en la forma de definir, recolectar, analizar y tratar los relatos. Esta pluralidad se refleja en distintas tradiciones analíticas, desde los trabajos pioneros cercanos a la lingüística (Labov y Waletzky, 1967; Gee, 1991) hasta propuestas posteriores más asociadas a temas psicosociales (Riessman, 1993; Clandinin y Connelly, 2000; Czarniawska, 2004; Elliott, 2005). Frente a esta heterogeneidad, proponemos entender la investigación narrativa no como una técnica específica, sino como un enfoque general que orienta el análisis hacia la comprensión de procesos relacionales, históricos, culturales y subjetivos, y que puede valerse de distintas estrategias analíticas según los objetivos del estudio.

Una de las características centrales de este enfoque es su atención a la narrativa como una *unidad global* de análisis. A diferencia de otros métodos cualitativos que fragmentan los discursos en categorías o subunidades, la perspectiva narrativa prioriza la comprensión de la totalidad del relato, así como la organización y estructura de los elementos que configuran su sentido. Este enfoque reconoce el valor de identificar componentes específicos de las narrativas, pero subordina ese análisis a una lectura más amplia que atiende a la coherencia interna y la lógica narrativa. La noción de trama resulta aquí especialmente relevante: una red de relaciones significativas que permite integrar elementos heterogéneos en una totalidad inteligible (László, 2008).

Otro elemento clave es la atención prestada a la estructura y la función social del relato. El análisis estructural se interesa no solo por el contenido de la historia, sino por su organización y secuencia: cómo se seleccionan y conectan los eventos, qué secuencias se eligen y qué aspectos se incluyen o

se omiten. La estructura narrativa no es neutral, refleja intenciones, posicionamientos y objetivos del narrador en un contexto social específico. Asimismo, la narrativa cumple funciones sociales: se elabora para audiencias particulares y con determinados fines, por lo que estudiar la forma en que los relatos se construyen también implica interrogar quién narra, para quién, por qué y en qué circunstancias. Así, además de los niveles temáticos o estructurales, es de interés comprender las funciones performativas y contextuales de los relatos (Biglia y Bonet, 2009).

En línea con esto, es posible identificar que las narraciones y relatos tienen también un componente dialógico, en el sentido de que se producen en el marco de interacciones sociales, responden a demandas comunicativas y a configuraciones sociales más amplias. Los eventos que los sujetos que narran percibe como importantes son seleccionados, organizados, conectados y evaluados como significativos para una determinada audiencia y contexto específico (Riessman, 2008). Así, el análisis puede incluir los marcos históricos, culturales y situacionales en los que emergen los relatos. En suma, el enfoque narrativo incluye un espectro analítico que permite abordar la labor interpretativa de los sujetos, las funciones sociales de sus relatos y los contextos socio-históricos y culturales de los que emergen y a los que responden.

La perspectiva narrativa en el estudio de las identidades: una aproximación ilustrativa

Uno de los temas centrales que aborda la perspectiva narrativa en el ámbito psicosocial es el de la identidad. Diversas investigaciones se centran en cómo las personas construyen sentido sobre sus experiencias y configurar quiénes son a través de los relatos que elaboran. Como señalan Rosenwald y Ochberg (1992), las historias personales no son simples formas de contar la vida, sino los medios mediante los cuales las identidades se constituyen, moldeadas por lo que se enfatiza, omite y cómo se posiciona el narrador frente a la audiencia.

Desde este enfoque, la identidad no es entendida como una estructura previa que el lenguaje refleja, sino como algo que se construye en el acto

mismo de narrar/se. La narrativa permite articular una continuidad significativa entre experiencias diversas, dando forma a un “sí mismo” que se reconoce en el tiempo (Íñiguez-Rueda, 2001). Esta reflexividad narrativa produce coherencia y sentido en la trayectoria vital del sujeto.

El relato cumple funciones tanto referenciales como evaluativas (Labov & Waletzky, 1967): no solo organiza hechos, sino que expresa juicios, valoraciones y posicionamientos. La manera en que se cuenta una historia (qué se destaca, cómo se ordena, qué se omite) da cuenta de la manera en que el sujeto se interpreta a sí mismo, a los demás y al mundo social (Hiles, Čermák & Chrzą, 2009). Tomando en cuenta la cualidad performativa del lenguaje y los relatos, narrar/se resulta también una forma de posicionarse en lo social, disputar sentidos, reclamar legitimidad y negociar el que las personas ocupan en sus entornos.

Si bien en este espacio no es posible desarrollar un análisis narrativo metodológicamente detallado en torno a un caso preciso, podemos ofrecer algunas pautas sobre cómo la perspectiva se aproxima al estudio de la identidad que se desprenden de líneas de investigación propias en torno a problemáticas vinculadas con identidades de género.

En estudios sobre identidades transgénero (Martínez-Guzmán y Montenegro, 2010; Martínez-Guzmán y Johnson, 2021) hemos mostrado cómo personas trans construyen narrativas identitarias que se distancian y cuestionan los meta-relatos culturales tradicionales sobre el género. En sus historias aparecen itinerarios alternativos de identificación cuyo punto de partida suele ser un malestar con la identidad legal y socialmente asignada y con el conjunto de atribuciones de género que de ella se derivan. A lo largo de estas trayectorias, las rupturas respecto de las normas impuestas de identificación genérica emergen como hitos narrativos decisivos: momentos que reorientan drásticamente la vida y abren caminos de autodescubrimiento y autoconstrucción desde una agencia más explícita.

En estos relatos, los guiones normativos (por ejemplo, estereotipos corporales de “hombre” y “mujer”, distribución generizada del trabajo y los cuidados, o “tareas del desarrollo” como el matrimonio y la familia nuclear heterosexual) son desafiados, alterados o transformados. Con frecuencia son relevantes actores sociales e instituciones que ejercen vigilancia o coerción para sostener normas tradicionales de género: dispositivos biomédicos

y psiquiátricos que patologizan o buscan normalizar expresiones de género; entornos familiares, educativos o laborales percibidos como discriminatorios; e incluso cuerpos policiales implicados en formas de violencia en el espacio público hacia comunidades trans. El sentido global de muchas de estas narrativas adopta una orientación de autoemancipación y resistencia, que enfatiza luchas contra fuerzas sociales y obstáculos punitivos para poder “ser quien se es”.

Estos relatos contribuyen así a la función de desmitificar identidades fijas y predefinidas; encarnan modos no esencialistas y plurales de comprender el propio género, y reconocen las presiones históricas y culturales que buscan alinear biografías a parámetros de género binarios. En consecuencia, pueden leerse como microrelatos situados que producen un efecto de apertura identitaria: amplían las formas socialmente pensables y vivibles de masculinidad y feminidad, se trata de contra-narrativas que generan tensiones con las categorías dominantes al tiempo que posibilitan trayectorias alternativas de identificación.

En contraste con estos relatos identitarios, investigaciones con varones cisgénero acusados de ejercer violencia de género (Martínez-Guzmán, 2022) revelan estrategias narrativas y discursivas muy distintas, orientadas a preservar la coherencia del yo masculino y los marcos tradicionales de identidad. En estos relatos se observa una tendencia a la minimización de las violencias y la naturalización de la agresividad masculina como rasgos “propios” o inevitables del género. Los narradores tienden a atribuir sus acciones a impulsos naturales, emociones incontrolables o al peso de circunstancias externas, desplazando la responsabilidad personal hacia factores biológicos o situacionales. La violencia se presenta así no como una elección o práctica aprendida, sino como una expresión espontánea de una esencia viril.

Estas narrativas buscan un efecto de justificación o neutralización (Gottzén, 2013) y operan a través de mecanismos como el negacionismo (“no fue para tanto”), la inversión de la culpa (“ella me provocó”) o la moralización diferencial (“no soy violento, solo defendí mi posición”). En muchos casos, los hombres elaboran relatos de sí mismos como víctimas de un sistema que, desde su perspectiva, sobrereacciona a los hechos o castiga desproporcionadamente las conductas masculinas. Este recurso a la victimización masculina cumple una función narrativa de reparación simbólica del

yo, permitiendo mantener una autoimagen de normalidad, respetabilidad y control.

A diferencia de los relatos trans, que se orientan hacia la reelaboración identitaria y la apertura de posibilidades, las narrativas de estos hombres tienden a esencializar la identidad: presentan la masculinidad como una condición estable, dada y anterior a la experiencia social. En ellas, el sujeto masculino es desde siempre de un cierto modo, acorde con un orden natural que delimita lo que puede ser y hacer. En el plano social, estas formas narrativas contribuyen a generar una resistencia a los cambios culturales que cuestionan la hegemonía masculina y las normas tradicionales de género. Al presentar la masculinidad como una esencia inmutable, los narradores bloquean la posibilidad de transformación personal y colectiva. De este modo, las narrativas se convierten en dispositivos de conservación del privilegio.

Aunque someros y generales, estos ejemplos indican la importancia de las prácticas narrativas como dispositivos de inteligibilidad del yo en contextos específicos. Muestran además cómo los relatos personales permiten identificar tensiones entre los marcos sociales y las experiencias subjetivas, así como explorar la intersección entre los discursos sociales y las vivencias encarnadas.

Revelan que las identidades no pueden entenderse al margen de las formas narrativas mediante las cuales las personas se hacen comprensibles a sí mismas y ante los demás, y, que los sujetos dotan de sentido sus experiencias, utilizando los recursos discursivos y culturales disponibles para situarse en un mundo social que exige coherencia, legitimidad y reconocimiento. Ya sea en configuraciones donde la trayectoria vital se define por la ruptura y la reinención o por la búsqueda de reafirmación ante una identidad amenazada, la identidad no sólo se expresa, sino que se configura en los relatos; una práctica en la que se actualizan posiciones, se negocian significados y se juegan formas de agencia o de resistencia.

Conclusiones

En este texto hemos buscado esbozar una caracterización general del enfoque narrativo en la investigación psicosocial, entendido no como un conjunto

cerrado de principios y procedimientos, sino como un campo de sensibilidades teóricas, epistemológicas y metodológicas que orientan modos particulares de entender y analizar los fenómenos de interés. Si bien esta caracterización retoma elementos de un campo vasto y multidisciplinar de investigación narrativa, propone una comprensión particular que consideramos especialmente pertinente para la indagación psicosocial, en tanto pone en el centro la dimensión relacional, discursiva y cultural de la subjetividad.

Al día de hoy, es posible observar que el enfoque narrativo no se circunscribe solo al ámbito de las técnicas o métodos de investigación, sino que se ha distribuido como una forma común de comprender el mundo social: una manera de reconocer que las realidades humanas se configuran *en y a través* de los relatos. En el panorama contemporáneo, la noción de narrativa no solo ha permeado los mecanismos analíticos de la investigación académica, sino también los lenguajes cotidianos y los discursos públicos mediante los cuales se busca hablar de vivencias, conflictos y relaciones que configuran nuestros contextos. Contar e interpretar historias —propias o ajenas— se ha convertido en una práctica extendida de producción de sentido, mediada por dispositivos tecnológicos y por extensos marcos culturales que definen qué puede narrarse y cómo hacerlo.

Si en su origen el enfoque narrativo emergió como una alternativa crítica frente a las perspectivas positivistas y estructural-funcionalistas, hoy puede decirse que se encuentra consolidado e institucionalizado en diversos ámbitos académicos. Sin embargo, esta expansión conlleva nuevos desafíos y riesgos. En particular, la amplia circulación del discurso narrativo en los campos *psi* ha dado lugar a su psicologización y, en muchos casos, banalización; por ejemplo, asimilando de manera poco rigurosa la idea de narrativa a la cultura terapéutica dominante. Tal desplazamiento tiende a vaciar su potencial crítico y a reducirlo a una herramienta de autoexpresión o exhibición emocional, dejando de lado su potencial para interrogar estructuras de poder, discursos normativos e imaginarios colectivos que atraviesan las vidas singulares.

Un riesgo afín es la individualización excesiva de la mirada narrativa: la tendencia a centrarse en historias personales desvinculadas de sus marcos culturales y políticos más amplios. Cuando las narrativas se analizan únicamente en clave biográfica, se pierde de vista la trama social del sentido,

los dispositivos de poder que regulan la inteligibilidad de las identidades y los discursos colectivos que modelan las formas de narrar/se. De ahí la necesidad de prestar atención a niveles micro, meso y macro sociales, reconociendo que los relatos condensan configuraciones ideológicas, afectivas y simbólicas propias de un tiempo histórico y de una posición social determinada.

En este sentido, una aproximación crítica implica considerar la ambivalencia de la agencia en las prácticas narrativas. Si bien relatar permite a las personas reconfigurar su experiencia y afirmarse como sujetos de sentido, esa agencia es siempre parcial y situada, pues opera dentro de marcos discursivos y culturales que delimitan lo decible y lo pensable (Gergen, 2007; Smith & Sparkes, 2008). Así, esta perspectiva narrativa reconoce la capacidad de interpretación y acción del sujeto, pero al mismo tiempo cuestiona la noción de un *yo* plenamente autónomo, coherente o preexistente.

En el despliegue narrativo, el sujeto se construye relacionamente bajo regímenes de poder y en tensión con los guiones culturales que le otorgan inteligibilidad. Esta concepción contrasta con un contexto reciente donde se observa un retorno de discursos esencialistas y conservadores que buscan reinstaurar imágenes fijas y naturalizadas del sujeto —particularmente en torno al género y la identidad—, lo que vuelve aún más urgente la insistencia en una perspectiva narrativa crítica y situada.

En el plano metodológico, surgen interrogantes frente a la creciente digitalización de los discursos sociales y sus consecuencias en la proliferación de nuevas lógicas narrativas. En la actualidad, historias personales y colectivas se producen y circulan masivamente en redes sociales, entornos digitales y plataformas audiovisuales de todo tipo, muchas veces mediadas por algoritmos o por mecanismos de inteligencia artificial. Esto plantea preguntas epistemológicas y políticas sobre la definición de las funciones sociales de las narrativas, así como sobre las lógicas de exposición, consumo o vigilancia que pueden atravesarlas. Se vuelve necesario, entonces, pensar en formas de análisis que permitan atender la multimodalidad y performatividad de las narrativas digitales.

Finalmente, es importante proponer como horizonte una investigación narrativa psicosocial que aspire a producir conocimiento situado y transformador. Esto implica descolonizar las narrativas dominantes y cuestionar

los marcos normativos que defi en qué historias o formas de narrar son válidas o legítimas. Se vuelve entonces necesario que estos enfoques incorporen epistemologías del Sur y recursos teórico-políticos que reconozcan las formas subalternas, orales y colectivas de narrar y configurar la experiencia. Así, el enfoque narrativo puede trascender su función como herramienta analítica en el ámbito académico y contribuir a enriquecer estrategias de transformación capaces de mostrar cómo las historias producen modos de vida, reconocimiento o exclusión; una perspectiva que permita abrir espacios para imaginar otros horizontes de sentido posibles para nuestras identidades y formas de coexistencia.

Referencias

- Andrews, M., Squire, C. y Tamboukou, M. (2013). Narrative research. *Qualitative Research Practice*, 97, 1-240.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Biglia, B. y Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartida. *Forum: Qualitative Social Research*, 10(1), 1-20. <https://doi.org/https://doi.org/10.17169/fqs-10.1.1225>
- Brockmeier, J. y Meretoja, H. (2014). Understanding narrative hermeneutics. *Story-worlds: A journal of narrative studies*, 6(2), 1-27. <https://doi.org/10.5250/storyworlds.6.2.0001>
- Bruner, J. (2013). *La fábrica de historias: derecho, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- (2006). *Actos de significado: más allá de la revolución cognitiva*. Alianza Editorial.
- Cabruja i Ubach, T., Íñiguez Rueda, L. y Vázquez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Anàlisi: Quaderns de comunicació i cultura*, (25), 61-94.
- Clandinin, J. (2022). *Engaging in narrative inquiry*. Routledge.
- Clandinin, J., Connelly, M. y Phelan, A. (2000). Shaping a professional identity: Stories of educational practice. *Alberta Journal of Educational Research*, 46(3), 288.
- Czarniawska, B. (2004). *Narratives in social science research*. Sage.
- Elliott, J. (2005). *Using narrative in social research: Qualitative and quantitative approaches*. Sage.
- Fabris, A. (2001). *El giro lingüístico: hermenéutica y análisis del lenguaje*, vol. 56. Akal.
- Foucault, M. (1989). *Historia de la sexualidad: La voluntad del saber. Siglo XXI*.
- Freeman, M. (2015). Narrative as a mode of understanding: Method, theory, praxis. *The handbook of narrative analysis*, 19-37. <https://doi.org/10.1002/9781118458204.ch1>

- Gee, J. P. (1991). A linguistic approach to narrative. *Journal of narrative and life history*, 1(1), 15-39. <https://doi.org/10.1075/jnlh.1.1.03ali>
- Gergen, K., Diazgranados Ferráns, S. y Estrada Mesa, A. (2007). *Construccionismo social: aportes para el debate y la práctica*. Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de los Andes.
- Gergen, M. y Gergen, K. (2014). The social construction of narrative accounts. En *Historical Social Psychology (Psychology Revivals)* (pp. 173-189). Psychology Press.
- Gottzén, L. (2019). Violent men's paths to batterer intervention programmes: Masculinity, turning points and narrative selves. *Nordic Journal of Criminology*, 20(1), 20-34. <https://doi.org/10.1080/2578983X.2019.1586161>
- Harris, L. (2022). Hacia ecologías políticas narrativas enriquecidas. *Medio Ambiente y Planificación E: Naturaleza y Espacio*, 5(2), 835-860. <https://doi.org/10.1177/25148486211010677>
- Herman, L. y Vervaeck, B. (2019). *Handbook of narrative analysis*. University of Nebraska Press.
- Hiles, D. y Čermák, I. (2008). Narrative Psychology. En C. Willig y W. Stainton-Rogers (eds.), *The Sage Handbook of Qualitative Research in Psychology*. Sage.
- Hiles, D., Čermák, I. y Chrz, V. (2009). Narrative oriented inquiry: A dynamic framework for good practice. En *Narrative, Memory and Identities* (pp. 53-65). University of Huddersfield.
- Ibáñez, T. (2012). El giro lingüístico. En L. Íñiguez Rueda (ed.), *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales* (pp. 21-42). Editorial UOC.
- Íñiguez Rueda, L. (2012). *Análisis del discurso: manual para las ciencias sociales*. Editorial UOC.
- (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En E. Crespo (ed.), *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-225). Catarata.
- Labov, W. y Waletzky, J. (1967). Oral versions of personal experience. En J. Helm, (ed.), *Essays on the Verbal and Visual Arts* (pp. 12-44). University of Washington Press.
- Langellier, K. (1989). Personal narratives: Perspectives on theory and research. *Text and Performance Quarterly*, 9(4), 243-276. <https://doi.org/10.1080/10462938909365938>
- László, J. (2008). *The science of stories: An introduction to narrative psychology*. Routledge.
- Martínez Guzmán, A. (2022). Masculine subjectivities and necropolitics: Precarization and violence at the Mexican margins. En V. Walkerdine (eds.) *Neoliberalism and Subjectivity in Latin America* (pp. 11-31). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-031-17855-9_3
- Martínez Guzmán, A. y Johnson, K. (2021). Narratives of transphobic violence in the Mexican province of Colima: A psychosocial analysis. *International Journal of Transgender Health*, 22(3), 253-268. <https://doi.org/10.1080/26895269.2020.1760164>
- Martínez-Guzmán, A. y Montenegro, M. (2010). Narrativas en torno al trastorno de identidad sexual: De la multiplicidad transgénero a la producción de transconocimientos. *Prisma Social: Revista de Investigación Social*, (4), 3.
- McQuillan, M. (ed.). (2000). *The narrative reader*. Psychology Press.

- Nieto-Bravo, J., Pérez-Vargas, J. y Moncada-Guzmán, C. (2022). Métodos narrativos en investigación social y educativa. *Revista de Ciencias Sociales*, 29(1), 215-226.
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología: contra la disciplina*. Libros de la Catarata.
- Polkinghorne, D. (1988). *Narrative knowing and the human sciences*. Suny Press.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Siglo XXI.
- (1995). *Tiempo y narración: Configuración del tiempo en el relato histórico*. Siglo XXI.
- Riessman, K. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. Sage.
- Rosenwald, G. y Ochberg, R. (1992). *Storied lives: The cultural politics of self-understanding*. Yale University Press.
- Ruiz Muñoz, M. y Álvarez Gil, M. (2023). La narrativa y sus aportes a la construcción del conocimiento social. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 53(2), 385-399. <https://doi.org/10.48102/rlee.2023.53.2.544>.
- Shotter, J. (1993). *Conversational realities: Constructing life through language*. Sage.
- Smith, B. y Sparkes, A. (2008). Contrasting perspectives on narrating selves and identities: An invitation to dialogue. *Qualitative research*, 8(1), 5-35. <https://doi.org/10.1177/146879410708522>
- Somers, M. (1994). The narrative constitution of identity: A relational and network approach. *Theory and society*, 23(5), 605-649.
- Taylor, S. (2013). *What is discourse analysis?* Bloomsbury Academic. DOI:10.5040/9781472545213